

verdadero récord en materia de anécdotas es don Arturo Alessandri, y ello es muy natural si se toma en cuenta el vivo ingenio del personaje, y la serie de tumultuosas incidencias de su triunfal carrera política. Sin embargo, son muy pocas las que han incluido de él en este libro.

Don Enrique Vergara ha recogido una gran cantidad de anécdotas que circulan en Chile. Pero creemos que sólo comienza su tarea. Tarea que dentro de su aparente simplicidad es difícil y no exenta de peligros, en el sentido de la veracidad del documento verbal que se recoge para darle en esta forma un carácter de permanencia, que sin duda prestará grandes servicios a la historiografía del futuro y a la biografía novelada. En cada una de estas pildoritas de buen humor chileno, está en potencia el germen de una narración que puede adquirir una alta importancia.

El señor Vergara merece ser estimulado en esta obra que ha emprendido. Debe seguirla. Hay en este país una serie de hombres conocedores de las incidencias más sabrosas, que se quedaron fuera de la historia. Esos hombres no las escribirán jamás. Y si don Enrique Vergara se toma un mayor interés en su trabajo, estamos seguros que el próximo libro, en este género, será todavía más interesante. Contendrá una buena parte de lo que es el alma chilena. La sal de esta tierra.

Esperamos que proseguirá la tarea que ha iniciado con tanto tino y acierto.—LUIS DURAND.

■  
<https://doi.org/10.29393/At196-14PUEM10014>

PEREGRINAJE DE UN UNIVERSITARIO, por don *Enrique Molina*.—  
Editorial Nascimento, 1941

Leer este libro de don Enrique Molina es conversar con él. Tan natural es su expresión, tan ágil su espíritu, tan sin gravedad sus reflexiones, que de pronto experimentamos la sensa-

ción de que el libro desaparece de nuestras manos y que estamos junto al autor escuchando su palabra amena, interesante, optimista. Tal es la virtud de este libro de viaje. Y ello deriva que al escribirlo don Enrique Molina no adoptó otra actitud que la del viajero vigilante de todo lo que sucede a su alrededor en el correr de las latitudes. No es la suya una actitud predispuesta a coger sólo el paisaje desconocido, la cosa rara, la sensación exótica, puesto que capta todo cuanto cae bajo su mirada: lo plebeyo como lo digno, lo vulgar como lo noble, que todo es humanamente interesante. Don Enrique Molina, al recorrer tierras extranjeras, pudo decir como el poeta romano: «Puesto que soy hombre, que nada de lo humano me sea desconocido». Y por ello no se asombra de nada, porque el señor Molina ha alcanzado ya la serena altitud filosófica que dan la experiencia, el estudio y el suceder de los años. Por eso su actitud es natural, comprensiva, suavemente irónica en algunos casos, sin ningún gesto condenatorio ni de indignación siquiera. Mira, observa y anota. Hay hechos agradables y desagradables. Para ambos, adopta idéntica postura humana. ¡Qué difícil llegar a tal estado de serenidad y comprensión frente a la vida y qué dificultad mayor es la de transparentar ese estado íntimo de palabras, sencillas, cotidianas, cordiales! Don Enrique Molina lo ha conseguido, y ya por ello este libro merece destacarse de entre la balumba de los que aparecen frecuentemente.

Los que estamos destinados a vivir sedentariamente anclados a nuestras preocupaciones como un pontón que cabecea su aburrimiento, encontramos en este libro una evasión de la cotidiana jornada prosaica. Bien lo ha dicho don Enrique: «Viajar es huir un poco de lo cotidiano, de la monotonía de los días que se repiten». Sí, un poco porque el alma jamás puede evadirse de nuestro propio ser. Donde vayamos ella está con nosotros y lo que vemos y observamos lo hacemos a través de ella. «El paisaje es un estado de alma», escribió Amiel. Pero

don Enrique logra liberarse algo de sí mismo, a fin de darle a sus observaciones una serena objetividad.

El relieve intelectual de don Enrique Molina ha trasmon-tado las fronteras nacionales y ha alcanzado significación ame-ricana. Por eso sus libros suscitan vivo interés en el extranje-ro y su palabra es requerida de los centros culturales de diver-sos países. A ello se debe la invitación que le hizo la Univer-sidad de Cuyo, viaje que le sirvió para ir también a Córdoba y Buenos Aires. De este viaje nos imponemos en sus detalles más sugeridores leyendo este libro. Sabemos de la parte agra-dable que él tuvo, de los triunfos de su palabra, de las aten-ciones que le brindaron a él y a su señora, y sabemos también de las molestias que sobrellevó, de lo mucho que hay que ha-cer para que los viajes con la República vecina sean algo real-mente agradable, y sobre todo nos informamos del vigor pujan-te del pueblo argentino en su anhelo por hacerse material y es-piritualmente fuerte.

Dijimos que don Enrique Molina logra en parte liberarse de sí mismo para alcanzar una serena objetividad, pero, insis-timos, sólo en parte, porque junto a la observación de los hechos, están las acotaciones, vale decir sus personales reflexio-nes, y éstas sí que reflejan lo profundo de su espíritu identi-ficado con su propio ser. Así, al lado de la observación objeti-va está la reflexión fina, aguda, penetrante. Doble viaje el que nos proporciona este libro: a través de tierras argentinas al describir el mundo objetivo que observó, y a través del propio espíritu del autor al reflexionar sobre ese mundo objetivo.

Como corolario de este viaje a través del espíritu de don Enrique Molina, leímos el discurso que pronunció en la Univer-sidad de Cuyo al iniciar ésta su labor escolar anual. En estas palabras suyas le vemos una vez más enamorado de la demo-cracia considerándola como el menos imperfecto de los regíme-nes políticos. Su actitud frente al trágico momento internacional en que vive el mundo es clara y categórica. Ante los imperia-

lismos que nos acechan como presa codiciable, reafirma su fe en los destinos de este continente que nació a la vida internacional unido desde la base por un mismo idioma, por iguales anhelos de porvenir y por idénticos peligros frente a enemigos comunes; «Los sudamericanos—son sus palabras—abrigamos en el alma la concepción de una unión de pueblos llevada a cabo, no por la fuerza, sino por la libre voluntad de naciones: La Confederación Iberoamericana».—MILTON ROSSEL.